

## Lo regio y lo Royale: de cuerpo estatal a policía regia



Foto tomada de [<http://www.paladinmexico.com/?p=22>], 2 de julio 2012.

**E**l 7 de agosto del año 2000 fue el primer día de trabajo de la Policía Regia. En la redacción del periódico donde yo empezaba a trabajar, en un arrebatado inspirado en Günter Wallraff, decidí poner a prueba, desde su inicio, a la corporación policial recién creada en Monterrey. Se sabía —aunque no estaba comprobado— que su director había cerrado el proceso de capacitación con un discurso en el que indicaba a los flamantes guardianes de la ley que tenían que conseguirle una cuota semanal “de la forma que ellos decidieran”. La Policía Regia estaba diseñada con una euforia secreta para ser un nido de ratas.

Poco antes de la medianoche llegué a la Macroplaza con una cerveza Tecate en la mano. Policías de la patrulla 18 de ese nuevo cuerpo me abordaron a los pocos minutos, cuando caminaba por la calle Juan Ignacio Ramón, frente del Palacio de Justicia. Al ver que tenía una cerveza en la mano, la camioneta en que iban los efectivos se orilló. El copiloto me cuestionó.

—¿Qué pasó, *güero*?, ¿qué anda haciendo con eso?

—Nada.

El otro policía se bajó y se dirigió a mí.

—¿Cómo que nada? Estás bien torcido. Vamos a subirte para llevarte a la delegación. Andas muy mal.

Subí y quedé en medio de los dos policías. La camioneta avanzó unos metros sobre la avenida Juan Ignacio Ramón hasta llegar a la esquina con Dr. Coss.

—N'ombre *güero*, andas bien mal, estás faltando a la ley de policía y buenas actitudes. ¿Qué hacemos con el *güero*, oficial?

—No pos está difícil, está bien torcido.

—¿Qué hacemos contigo *güero*, tú dinos, porque debes estar consciente de que la regaste.

—Yo no estaba bebiendo, nomás traía la cerveza.

—Te vamos a tener que llevar a la delegación y ahí vas a pagar una infracción y ya, como 300 o 400 pesos, nomás.

Después los policías simularon que hablaban con la central policial a través de la frecuencia de radio que estrenaban ese día. Mencionaron algunas claves sin presionar nunca el botón indicado. Luego la patrulla arrancó hasta dar vuelta en Diego de Montemayor, donde giró una vez más en Allende y reinició la negociación, mientras el coche avanzaba lentamente.

—No, güero, dime que vamos a hacer contigo, porque sabes que estás mal y la regaste gacho. Quiero que me digas qué vamos a hacer.

—No me lleve a la delegación.

—No güero, pero entonces, ¿qué quieres que haga contigo?

—No me lleve... traigo dinero.

—No, no Güero nadie te está pidiendo dinero.

—Bueno, discúlpeme oficial, pero no quiero ir a la delegación y no tengo por qué ir.

—¿Qué van a decir tus papás?, ¿te llevas bien con ellos?

—No quiero que sepan.

—Híjole pues tienes 19 años, y pues ni modo.

Al dar vuelta en Dr. Coss, el policía que manejaba la unidad soltó:

—Bueno, pues ya ¿cuánto traes?, ¿cuánto le vas a dar a mi compañero?

—No, pues tengo como 160 pesos.

—¡Nooo! Eso no, güero, ¿qué vamos a hacer contigo?—, repetía por enésima vez.

Hubo un breve lapso silencioso y el policía que manejaba fijó su mirada en la cartera de donde yo había sacado los 160 pesos que antes les había mostrado. Observó en especial la tarjeta de débito Banorte que llevaba ahí, una que empezaron a dar a todos los alumnos de la Universidad Autónoma de Nuevo León para bancarizarnos, aunque apenas tuviéramos para pagar las cuotas semestrales, siempre en aumento.

—Ah, pos se me hace que va a ser más fácil así. ¿Dónde hay un cajero de esos?

—Hay uno ahí por Zaragoza y Washington, cerca del Café Nuevo Brasil.

El policía enfiló la patrulla hacia allá.

—N'ombre, güero, nos estamos arriesgando demasiado por ti, para que veas que somos buena onda... si alguien nos ve ya valimos

Al llegar, me dejaron bajar. Entré al cajero de Banorte, saqué cien pesos, regresé a la unidad policial, les di el dinero y me despedí.

—A la otra no seas tan pendejo, güero—, se despidieron ellos.

Un fotógrafo del periódico nos había seguido todo el tiempo, escondido desde algún punto cercano, y había tomado imágenes que probaban el acto de corrupción entre el ciudadano (yo) y los representantes de la ley. Al día siguiente del primer día de operaciones de la policía regia, la portada del diario decía: “Policía nueva, viejos vicios”.



Foto tomada de [<http://www.policialocal.wordpress.com>], 2 de julio de 2012.

La mañana de ese 7 de agosto de 2000, el alcalde Jesús María Elizondo había presidido con funcionarios federales y estatales una ceremonia por el inicio de operaciones del cuerpo policial al servicio del gobierno de la capital de Nuevo León. Antes de esa fecha, la seguridad pública en las calles de Monterrey estaba a cargo de la Policía del Estado. Policía Regia: el nombre del nuevo grupo represivo —derivado del gentilicio de regiomontano— sin duda era chocante para una ciudad cuyos regios líderes empresariales alguna vez le pidieron a Plácido Domingo, Luciano Pavarotti y José Carreras que interpretaran al unísono el corrido de la ciudad. Algo a lo cual, obviamente, se negaron Los Tres Tenores, quienes nunca se presentaron juntos en una ciudad donde, entre otras cosas, se rinde culto al asenato de cabritos. Con ese nombre se rotularon los uni-



Tomada del Diario *El Economista*, 25 de agosto 2011.

formes de los miles de agentes y los costados de los coches patrulla Malibú.

En 2010, una década después de aquel día, la Policía Regia acumuló un hemorrágico historial y quedó sumida en una espantosa corrupción, con decenas de desapariciones y ejecuciones extrajudiciales cometidas por sus miembros, hasta llegar a ser una fuerza criminal en sí misma.

Ahora está reducida a una mínima expresión, con una dirección militar, y sin duda sería la primera de las policías locales en ser absorbida por el modelo de Mando Único, si el secretario de Seguridad Pública Federal, Genaro García Luna, consigue implementarlo. No fueron los narcotraficantes quienes corrompieron a los policías, sino la avaricia de políticos mezquinos, que veían a la corporación como una generosa fuente de dinero para financiar sus ambiciones electorales.

Cuando decidí que *El cártel de Sinaloa. Una historia del uso político del narco* (Grijalbo, 2009) comenzara con un grupo de empresarios de las drogas ilegales caminando tranquilamente por los pasillos de un edificio sede del poder financiero mexicano en 2003, para reunirse con un candidato a la gubernatura de Nuevo León —que fue quien me relató el suceso—, lo hice con la intención de poner en la mente del lector las añejas relaciones entre traficantes y políticos, de las cuales se habla muy poco a la hora de analizar el narco mexicano; sobre todo en comparación con los sicarios y otros miembros de la infantería criminal, quienes suelen acaparar los papeles principales de los relatos *hollywoodenses*.

En agosto de 2011 Monterrey vivió un atentado a manos de un puñado de hombres que llegaron en plena tarde a un céntrico casino de nombre Royale, le

rociaron gasolina a su fachada principal y después le arrojaron una cantidad todavía no precisa de granadas explosivas. Más de cincuenta personas murieron.

Sabemos lo anterior porque había cámaras de video grabando a los autores de la masacre al momento en que la perpetraban. Lo que no sabemos —lo que casi nunca graban las cámaras, y es lo más importante— es qué hubo detrás de una acción como ésta, sin precedentes, incluso para una ciudad que en años recientes ha perdido la capacidad de asombro.

Desde que llegó “la democracia a México” —recordemos que hace no mucho había comicios ficticios que siempre ganaba el PRI—, en Monterrey se sabe que los políticos locales buscaron financiamiento de las mafias para sus campañas electorales... y sus casas de campo. Así, aumentó la vida democrática y creció la vida mafiosa. Proliferaron los puntos de venta de droga, prostíbulos y otros negocios ilegales, como hasta hace poco lo eran los casinos. Esta red de relaciones es tan grande y tan extendida que se ignora a sí misma: ni estando dentro de ella se conocen bien a bien todos los nudos que la conforman, me dijo con ojos sinceros un jefe de la Policía Regia que vendía coches robados.

Los empresarios locales *regios*, antes famosos por su empuje e integridad, se hicieron de la vista gorda, e incluso no pocos de ellos invitaron a los nuevos empresarios mafiosos a sus fiestas, entre otras actividades sociales y financieras. Hoy en Monterrey existen veinte centros de apuestas, establecimientos muy populares y espacios idóneos para el *lavado* de dinero. Son dos los consorcios que operan principalmente los casinos *regios*: uno es de Jorge Hank Rhon, ex alcalde de Tijuana y cuadro distinguido del PRI, quien opera vía la empresa Caliente; el otro es Stromb International, una compañía cuya matriz se ubica en Moscú y está bien relacionada con Adalberto Madero Quiroga, ex alcalde panista de Monterrey, quien desde antes del atentado era considerado propietario de 50 por ciento del Casino Royale.

Lo que sucedió el día del atentado —y que no grabaron las cámaras— está entre esas coordenadas, pero cuidado: la tristeza diaria de la capital nortehña ya no puede ser explicada como el resultado de la corrupción policial o del enfrentamiento de un cártel contra otro cártel. El abismo es todavía más hondo que eso.